

The background of the entire page is a photograph of a sky. A vibrant rainbow is visible in the upper half, arching from the left towards the right. Below the rainbow, there are large, billowing white clouds that fill the lower half of the image. The overall color palette is dominated by the blues and greys of the sky and clouds, with the multi-colored spectrum of the rainbow providing a focal point.

CREER EN LA VIDA ETERNA

ÍMAC XIOM - SÈLLAV ÉVILO

Puesto que la edición de este libro es particular, bajo
ningún concepto puede destinarse a la venta

Catalunya, 2026

Ímac Xiom (escritura)
Sèllav Évilo (diseño de la cubierta y maquetación)

CREER
EN
LA VIDA ETERNA

ÍNDICE

	Página
Introducción	7
La fe	11
Religiones y vida eterna	19
Cristianismo	25
Islam	27
Hinduismo	29
Budismo	33
Sikhismo	35
Judaísmo	37
Taoísmo	39
Fe Bahà'í	41
Zoroastrismo	43
Ateísmo	45
Experiencias próximas a la muerte (EPM)	51

Un cuento como conclusión	57
Apéndice (Fragmentos bíblicos en donde se menciona la vida eterna)	71
Relación de los libros publicados dentro de esta colección y modo de acceder a su contenido	81

INTRODUCCIÓN

Cuando un doctor de la ley, queriendo poner a prueba a Jesús, le preguntó qué debía hacer para alcanzar la vida eterna, la respuesta que obtuvo no daba lugar a dudas: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu inteligencia; y a tu prójimo como a ti mismo.* (Lc 10,25-28).

Sin embargo, cabe destacar que Jesús no condiciona «creer» en la vida eterna para alcanzarla, sino amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo. Así pues, ¿es posible amar sin creer en la vida eterna? Sin duda alguna, puesto que en cualquier lugar siempre puede haber un buen samaritano dispuesto a socorrer a quien lo necesite, a pesar de manifestarse abiertamente como no creyente. De todos modos, quien ama al prójimo, indirectamente ama a Dios, y ya lo conoce aunque no sea consciente de ello, y quien ama a Dios y al prójimo alcanzará la vida eterna, según palabras textuales de Jesús.

Pero, de igual manera que se puede poseer la vida eterna sin creer en ella, quien tenga fe es imposible que no tenga al mismo tiempo la esperanza de poseerla. Y la fe es un don recibido por la gracia de Dios de forma totalmente gratuita, o como respuesta a una petición humilde y perseverante.

Un conocido proverbio oriental dice que *Aunque el camino sea diferente, el destino puede ser el mismo*, refiriéndose al hecho de que es posible acceder a la cumbre de una montaña por más de un camino. Sea cual sea el nuestro, de camino, todos estamos llamados a la salvación eterna, y siempre tendremos a nuestro lado al buen Padre del cielo para acompañarnos y guiarnos, porque no quiere que nadie pueda perderse.

La fe

Cuando Saulo se hallaba en ruta hacia Damasco, a punto ya de llegar, de pronto un resplandor celestial lo deslumbró. Cayó a tierra y oyó una voz que le decía:

–Saúl, Saúl, ¿por qué me persigues?

–¿Quién eres, Señor? –preguntó Saulo.

–Soy Jesús, a quien tú persigues –respondió la voz. (Hch 9,3-5).

La conversión de san Pablo tuvo lugar como un don de Dios, de forma realmente impactante, de camino hacia Damasco. Desde entonces, san Pablo, definiéndose a sí mismo como apóstol (1Co 9,1), *fue elegido por el Señor para anunciar su nombre a todas las naciones, a sus gobernantes y al pueblo de Israel (Hch 9,15).*

Pero Dios no acostumbra a actuar de esta forma, sino mucho más sutilmente, a veces aparentemente por azar, pero no ocultándose nunca de aquel que lo busca con el corazón sincero, con confianza y perseverancia. En

realidad, tal como dijo san Agustín, *el deseo de Dios ya significa su Presencia*, y se conocerá que la gracia obtenida es genuina, si va acompañada del anhelo irreprimible y liberador de compartirla, como hizo, por ejemplo, la samaritana, sin recibir previamente ninguna lección de religión, ni disponer de la más mínima ilustración teológica, sino, «solamente», por haber conversado unos instantes con Jesús al lado del pozo de Jacob, en el pueblo de Sicar (Jn 4,7-26).

Asimismo, no hay que olvidar el contenido de la encíclica *Evangelii Gaudium* del papa Francisco, que nos exhorta a no permitir que nadie nos desposea del gozo evangelizador que todo cristiano bautizado debe sentir, así como a no eludir esta labor, por muy humildemente que pueda llevarse a cabo, como feliz respuesta a la llamada amorosa de Dios.

Si estamos convencidos de que el mensaje del evangelio proclamado por Jesús sigue teniendo el mismo valor libertador, o que quizás actualmente lo tiene más que nunca, es necesario que nuestro modelo de vida sea coherente con nuestras creencias. A menudo, incluso los creyentes, no somos conscientes del tesoro que Dios ha puesto en nuestras manos en este mundo. Seamos, pues, generosos de acuerdo con nuestras posibilidades, a fin de compartir esta riqueza que

poseemos. No existe ninguna carga más pesada que la riqueza no compartida y si la fe no implica compromiso y servicio es una fe vacía. No temamos ser, modestamente, «pequeños misioneros», porque, también a nosotros, *por nuestros frutos se nos conocerá* (Mt 7,20).

Lamentablemente, la fe, hoy en día, es contemplada especialmente por los occidentales –y cada vez por gente más joven– como una auténtica antigualla. El traspaso generacional de sus valores no ha sido lo acertado que sería de desear; parece evidente que es necesario mejorar tanto el ejemplo de los cristianos en general así como de la misma institución de la Iglesia. También cabe lamentar la tendencia existente de subrayar los errores y defectos, y menospreciar las virtudes con que actúan en especial algunas entidades cristianas con una base indiscutible de fidelidad y compromiso evangélico.

Por otra parte, puesto que no es posible amar a Dios sin amar al prójimo, quien ama al prójimo ya está amando a Dios. Es por ello que muchas personas que, por su profesión –como, por ejemplo, sanitarios, maestros, etc. –, acostumbran a amar de un modo especial a aquellos con los que se relacionan, a pesar de no ser conscientes de ello, también están amando a Dios

y, de alguna manera, ya es como si lo hubiesen encontrado. Pero, ¡atención!, porque la fe es parecida a un árbol que, cuando crece y florece, hay que cuidarlo para obtener el fruto de la esperanza. Y estar preparados para hacer frente a sequías y vendavales capaces de sacudirlo.

Asimismo se puede aducir –no sin aparente lógica– que la fe carece de toda utilidad. Al fin y al cabo, ser creyente no evita las dificultades y obstáculos de la vida, teniendo en cuenta que ha de soportarlos tanto quien tiene fe como el que no tiene: los mismos disgustos y desengaños, el paro laboral, la precariedad económica, las enfermedades, el dolor y, tarde o temprano, la muerte. La «única» diferencia es la forma de vivirlo todo, confiando en que nada sucede sin sentido y que Dios sabe qué hace y que, por encima de todo, nos ama. Es entonces cuando sentimos que solo la fe nos ofrece un horizonte de felicidad y transcendencia, imposible de explicar desde la razón. ¿Acaso no es esto la fe?

Finalmente, si por la gracia de Dios recibimos la fe y la esperanza en la vida eterna, ¿qué más se puede desear? ¿Quizás solo vivir coherentemente, dando gracias y alabando a Dios, como dijo el fraile dominico Maestro Eckhart: *Si la única plegaria que pronunciases en toda tu vida fuese: «Os doy gracias, Señor», ya sería*

suficiente? Realmente, que gozo poder escribir una carta a Dios o dirigirle un pensamiento, diciéndole, con toda nuestra ternura: «Querido Padre del cielo: hoy no os pido nada. Hoy solo os quiero dar las gracias por todo lo que he recibido por vuestra bondad». No hay suficientes palabras para describir qué se siente cuando alguien se reconoce como una hormiga en el cosmos y que, aun así, cree que Dios lo tiene en cuenta; que no estamos solos, que Dios está siempre a nuestro lado para mostrarnos el camino de la vida eterna.

La plegaria de alabanza quizás es la que aporta más paz de espíritu al creyente, porque brota del fondo del corazón, con el convencimiento de que todo tiene sentido, a pesar de que ahora mismo no lo podamos comprender, especialmente cuando somos testigos de desgracias y vivencias de sufrimiento propio o ajeno, o al tener constancia de hechos de tal crueldad que alabar a Dios en según qué circunstancias puede parecer un auténtico disparate. Únicamente la vida eterna puede dar sentido a nuestro paso por este mundo, porque si esta vida lo fuese todo, esta vida sería bien poca cosa, aunque, de vez en cuando nos parezca que alguien ha llevado a término algo importante. Por mucho prestigio, poder o fortuna que se pueda alcanzar, las acciones realmente valiosas muy a menudo se basan en pequeñas cosas hechas con sencillez y amor, si bien acostumbran

a quedar ocultas en el anonimato. Pero no importa, porque nunca pasan desapercibidas para el Padre del cielo, que todo lo ve y que tanto nos ama.

Religiones y vida eterna

Si tenemos en cuenta que por religión se entiende el conjunto de creencias o dogmas, normas éticas y morales de comportamiento individual o social y prácticas rituales de plegaria o sacrificio que relacionan al ser humano con la divinidad, es absolutamente imposible determinar cuántas religiones existen en el mundo, porque, a menudo, resulta difícil distinguir entre simples tradiciones indígenas o espirituales locales, con solo algunas decenas o centenares de seguidores, y religiones activas y sistematizadas. De estas últimas se calcula que, actualmente, hay más de cuatro mil en el mundo con diversidad de creencias y convicciones, de las cuales, solamente unas veinte se consideran como mayores o reconocidas.

La inmensa mayoría de religiones creen en la vida eterna tras la muerte física, y ello ya desde épocas muy antiguas, teniendo en cuenta que incluso los neandertales, hace más de cuarenta mil años, enterraban a sus difuntos con ritos funerarios, al lado de flores, adornos y enseres de uso cotidiano a fin de ser utilizados en un más allá eterno. Es bien conocida la construcción

de pirámides en el antiguo Egipto para preservar el cuerpo momificado de los faraones, con el objetivo de que su alma pudiese regresar del más allá y reincorporarse para así vivir eternamente. Por dicho motivo, juntamente con los difuntos, también se enterraban alimentos y estatuillas para ayudarlos, convencidos que la parte espiritual abandonaba el cuerpo durante el día y regresaba por la noche. Esta creencia y los rituales consiguientes, al principio, eran un lujo que únicamente podía permitirse la gente adinerada, aparte de los faraones, pero, a medida que fue transcurriendo el tiempo, esta costumbre se «democratizó» progresivamente, extendiéndose a los entierros más humildes.

En la actualidad, las principales religiones del mundo tienen visiones distintas sobre la vida eterna, aunque, también, ofrecen numerosos puntos de coincidencia, según puede apreciarse en el cuadro-resumen que figura a continuación, elaborado siguiendo un orden aproximado decreciente de fieles.

Religión	Millones de fieles	Tipo de vida eterna	Finalidad
Cristianismo	2.400	Cielo, infierno, resurrección	Comunión con Dios
Islam	2.000	Paraíso (Jannah) o infierno (Jahann am)	Vivir con Alá
Hinduismo	1.200	Reencarnación (samsara)	Liberación del ciclo de vidas
Budismo	500	Reencarnación (nirvana)	Extinción del deseo y fin del sufrimiento
Sikhismo	20	Reencarnación	Unión con Dios
Judaísmo	15	Resurrección (Olam Ha-Ba)	Participación en el mundo restaurado
Taoísmo	12	Inmortalidad simbólica	Armonía con el Tao
Fe Bahà'í	8	Evolución del alma	Vivir con Dios
Zoroastrismo	0,2	Juicio, cielo o infierno	Salvación universal

Cristianismo

El cristianismo es una religión abrahámica y monoteísta que, en realidad, empezó siendo considerada como una secta del judaísmo y que, por razón de su propia esencia, se atribuye una misión y un carácter universales que, a pesar de las divisiones y subdivisiones que ha experimentado a lo largo de sus dos mil años de historia, sigue fiel a las enseñanzas de la vida y la obra de Jesús de Nazaret, basadas en el amor y la misericordia de Dios hacia toda la humanidad.

El mensaje de Jesús se conoce como el evangelio, que significa, literalmente, «buena nueva» y muestra el camino de la salvación a través del cumplimiento de los mandamientos o tablas de la Ley, que Dios entregó a Moisés en el monte Sinaí, poco después que el pueblo de Israel abandonase Egipto. La mayoría de estudiosos datan este evento hacia el siglo XIII o XIV aC. Además, juntamente con las Bienaventuranzas, en el credo se recogen las principales creencias, tales como la existencia de un solo Dios, origen de todo y que es trino, es decir, que comprende tres personas con una misma naturaleza divina: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Tras la muerte, el alma subsiste y acude ante Dios para ser juzgada personalmente. De acuerdo con la fe y las

obras realizadas, el alma participará de la gloria de Dios, deberá purificarse antes de entrar en la gloria o quedará alejada de Dios para siempre. Al final de los tiempos, Jesucristo regresará a la tierra para juzgar a vivos y muertos, y los cuerpos volverán a formar una unidad con el alma. Para el cristianismo, la vida eterna no consiste solamente en una vida sin fin, o una continuación de la existencia después de la muerte, sino una vida en comunión con Dios, empezando ya en el tiempo presente, alcanzando su plenitud en la resurrección final.

En el cristianismo cabe destacar el sacramento de la Unción de los enfermos, mediante el cual el cristiano experimenta una gracia especial en medio de las dificultades inherentes a un estado de enfermedad grave al rogar a Dios la concesión de fortaleza, paz, ánimo y el perdón de los pecados, si el enfermo no ha podido acceder al sacramento de la confesión.

A pesar de poder existir alguna diferencia en las prácticas funerarias según las costumbres sociales y culturales de cada lugar, no hay ningún ritual específico a celebrar tras el óbito, si bien las oraciones de los vivos siempre ayudarán a los difuntos para poder participar de la gloria del cielo. Se recomienda el entierro del difunto, aunque desde el año 1963 se permite la cremación.

Islam

Islam significa «sumisión» a Alá, que es *Uno, Dios y Eterno. No ha engendrado ni ha sido engendrado. No tiene igual*. Deriva de *salam*, que significa «paz» y sus practicantes reciben el nombre de musulmanes, que no consideran que el islam tenga un fundador ni que se trate de una religión «nueva», sino la misma verdad que Alá ha revelado a diferentes pueblos por medio de sus profetas.

Los musulmanes creen que la última revelación de Alá a la humanidad es el Alcorán, comunicada a través del Arcángel Gabriel al último profeta (Mahoma) entre los años 570 y 632 dC. La mayoría de musulmanes del mundo son sunitas, si bien, en el fondo, y en temas principales, no difieren mucho de los chiitas, la otra rama del islam.

Los cinco pilares del islam son:

- Profesión de fe. Alá es Uno y Único, y Mahoma, su mensajero.
- Plegaria, que los musulmanes realizan orientados hacia la Meca (Arabia Saudita) cinco veces al día. La plegaria del viernes al mediodía es especialmente importante.

- Impuesto de purificación. Aportan el dos y medio por ciento del capital personal obtenido durante un año. Ello les recuerda su responsabilidad hacia los más necesitados.
- Ayuno. Durante el mes del Ramadán se abstienen voluntariamente de comer, beber y mantener relaciones sexuales a lo largo de las horas de luz, como ejercicio de autodisciplina.
- Peregrinaje. Las personas con suficientes recursos económicos y capacidad física necesaria han de peregrinar a la Meca una vez en la vida.

Para los musulmanes, la muerte no es un final, sino el comienzo de otra fase de la existencia, el tránsito de un mundo a otro. Es un regreso a Alá. La hora y el lugar de la muerte ya están decretados para cada persona y nada los puede avanzar ni retrasar. Después de la muerte y antes del entierro, el alma permanece ligada al cuerpo, consciente de lo que sucede a su alrededor. En la tumba el difunto es visitado por dos ángeles (Munkir y Nakir), para ser interrogado sobre sus creencias y acciones en vida, tras lo cual, como resultado, recibe un anticipo con destino al Jardín o al Fuego. La experiencia de la tumba es descrita como Resurrección menor y la del Último Día como resurrección mayor, equivalente a la vida eterna o vida con Alá.

Hinduismo

El hinduismo o Sanatana Dharma (“orden eterno”) basa su origen en mitos, y su complejidad es tan enorme que resulta imposible de etiquetar o describir. Una de las características que le son propias, por ejemplo, es la multiplicidad de dioses que lo configuran. Sus primeros escritos –los *Vedas*– se remontan a mediados del segundo milenio antes de Cristo, y consisten en revelaciones transmitidas por sabios de aquel período, las cuales constituyen un mundo de tradiciones religiosas.

En la doctrina hindú existe una divinidad única e inexpressable (*Brahman*) que se identifica con el *Atman* (alma), presente en todos los seres vivos y que se manifiesta de forma especial en los numerosos dioses y, más significativamente, en la denominada “trinidad hindú”: Brahma –dios creador–, Visnú –dios conservador– y Shiva –dios transformador–. Su universo consta de tres dimensiones: el plano del cielo o de los dioses, el de la tierra o de los humanos y el mundo de las tinieblas o infierno, habitado por serpientes y demonios, si bien el hinduismo no cree en la condenación eterna y afirma la posibilidad de salvación final de toda criatura humana, una vez purificada de la energía karmática negativa.

Las exigencias morales del hinduismo consisten en el control de la mente y de los sentidos, la continencia, el perdón, no robar, el conocimiento de las escrituras sagradas, la veracidad, no dejarse arrebatar por la ira y no causar daño a nadie. Todo ello, adaptado a las mil castas y subcastas existentes. Además, los hindús devotos rezan tres veces al día como mínimo: al amanecer, al mediodía y al atardecer.

Para el hinduismo la vida eterna no significa una continuación sin fin de la existencia tras la muerte, sino que se interpreta como el fenómeno natural de la vida o el traspaso cíclico de un estado vital a otro, mediante una sucesión de muertes y reencarnaciones (*samsara*) en función del karma (acciones y sus consecuencias) hasta alcanzar la “liberación”, a la cual es posible acceder a través de diferentes caminos, como, por ejemplo, el camino de la acción desinteresada, el del discernimiento, el de la devoción y el amor divino o el del control de la mente, y que puede expresarse como la fusión con el *Brahman* o la comunión con la divinidad según sea la vía espiritual escogida.

Inmediatamente antes o después de morir, el cuerpo del hindú se sitúa en el suelo, orientado hacia el sur, como señal de regreso al regazo de la madre Tierra. Se le cierran los párpados, se extienden sus miembros y se

envuelve el cuerpo con una sábana sencilla. Las imágenes religiosas de la habitación donde ha fallecido se giran hacia la pared y, a veces, se cubren los espejos. Es imprescindible el lavado ritual del cadáver con agua bendita (si es posible procedente del río Ganges). El embalsamamiento no se considera recomendable, se admite la inhumación, pero lo más frecuente es la incineración, en cuyo caso, la familia próxima deposita flores sobre el difunto, arroz en la boca y monedas en las manos. En el lugar donde la persona falleció se enciende una luz para alumbrar el camino del alma y se le ofrece un poco de agua.

Budismo

La religión budista, conocida como budismo, nació en la India en el siglo VI aC y se extendió por gran parte de Asia. Se inspira en la práctica y el mensaje espiritual de Siddharta Gantama, llamado el Buda («el despierto», (557-480 aC), fundador y predicador de la doctrina búdica, tras haber alcanzado la iluminación en el año 528 aC.

A pesar de que el budismo presenta numerosas ramas y tendencias entre escuelas y sectas, incluso antagónicas entre sí, posee un factor común: la razón de su búsqueda espiritual, que no es otra que comprender y superar el sufrimiento humano. Sus adeptos –como, por ejemplo, ciertos hindús– creen en la reencarnación (*samsara*) después de la muerte. La nueva vida, en principio, se hallará condicionada por las anteriores, siempre con el objetivo de conseguir un progresivo perfeccionamiento, hasta alcanzar la iluminación (*nirvana*) o liberación del ciclo de renacimientos y muertes que esclaviza y causa sufrimiento a los seres vivos. Por lo tanto, el budismo cree que la muerte significa el final de la vida corporal actual, pero no de la existencia, la cual considera como el tránsito a una nueva dimensión humana más amplia, y que puede ser feliz o no, en función de las acciones llevadas a cabo en la última vida (*karma*), así como en

todas las anteriores. Consiguientemente, en el budismo, el concepto de “vida eterna” no existe con el mismo significado que en otras religiones, en las cuales se interpreta un alma inmortal que vive eternamente en el cielo o en el infierno. En lugar de ello, el budismo propone una visión cíclica e inpermanente de la existencia con una comprensión diferente del alma, del tiempo y de la continuidad de la vida. No aspira a vivir eternamente, sino a liberarse del ciclo de renacimientos hasta alcanzar el *nirvana*, es decir, un estado de paz total, de cesación del deseo y del sufrimiento.

El budismo no cree en un dios creador supremo y una fe dogmática, sino que se centra más en una práctica espiritual y un estilo de vida, cuyos valores principales son los pensamientos sabios, la conducta ética, la disciplina mental, la meditación, la compasión, el amor, la no-violencia, la veracidad, la humildad y el desprendimiento del deseo y el ego. También concede una importancia especial al “bien morir” de cara al futuro renacimiento, o sea, un buen estado mental, pensamiento o emoción del moribundo en el momento de su defunción. Es preferible la incineración de los cadáveres, aunque también se admite el entierro o el embalsamamiento.

Sikhismo

El sikhismo es una religión monoteísta fundada en el siglo xv en la región del Punjab (hoy dividida entre la India y el Paquistán). Su fundador fue Gurú Nanak (1469-1539) que predicó la igualdad, la justicia social y el rechazo del sistema de castas. Después de Nanak hubo diez gurús sucesivos, el último de los cuales fue Gurú Gobind Singh (1666-1708) el cual instituyó como autoridad suprema y escritura sagrada el Gurú Granth, considerado desde entonces, además de un libro sagrado, el "eterno Maestro viviente", un gurú vivo y eterno, digno del más profundo respeto y veneración.

Los sikhs son conocidos por su identidad distintiva (turbante y barba) y su compromiso religioso representado por las llamadas cinco "k":

- 1) Kesh: cabello y pelo sin cortar (naturalidad y espiritualidad).
- 2) Kara: brazalete de acero (recuerdo del compromiso con Dios).
- 3) Kanga: peine de madera (limpieza y orden).
- 4) Kachera: ropa interior de algodón (disciplina moral).
- 5) Kirpan: pequeña daga (símbolo de la defensa de la justicia y de los inocentes)

Otra práctica habitual, en todo lugar de culto sikh, es la existencia permanente de una comida comunitaria consagrada y servida gratuitamente a cualquier visitante, sin discriminación de ningún tipo, como expresión del ideal de servicio desinteresado. Asimismo, la meditación también representa un ideal para los sikhs ya iniciados, los cuales se levantan muy temprano –hacia las cuatro de la madrugada– para leer cinco himnos compuestos por los gurús, contenidos en el Gurú Granth Sahib. Al atardecer, dedican otro espacio de tiempo a la lectura, y la última, antes de acostarse.

Los sikhs creen en la reencarnación del alma inmortal, la cual nace y muere sucesivamente hasta alcanzar la liberación última. El sikh trata de vivir de acuerdo con las enseñanzas de los gurús a fin de romper este ciclo y regresar a Dios, que es el Alma Suprema. Por lo tanto, para el sikhismo, el concepto de “vida eterna” no se interpreta como un cielo o un mundo separado en el más allá, sino como un estado de liberación y de unión con Dios (*Waheguru*) que trasciende la muerte y que ya es posible empezar a vivir aquí y ahora. Tras la muerte, la cremación es el procedimiento preferido y más habitual en la India. Durante la vigilia, o el mismo día, el cuerpo es lavado y vestido con ropa limpia. Las cenizas son enterradas o sumergidas en agua corriente, idealmente del río Satlush, el más largo del Punjab.

Judaísmo

El judaísmo es la más antigua de las tres religiones monoteístas. Nace con la Alianza entre Dios y el patriarca Abraham hace unos cuatro mil años, y se reafirma cuando Moisés recibe la Tora o Palabra de Dios en el Monte Sinaí. La Tora forma parte de la Biblia judía (que corresponde al Pentateuco o cinco libros del Antiguo Testamento de la Biblia cristiana) y, juntamente con el Talmud, es el fundamento de la creencia en un solo Dios, omnipotente y omnisciente que ha creado el universo y ha escogido el pueblo de Israel para revelarse a través de la Palabra, los diez mandamientos y la futura llegada del Mesías. Otros principios legales y éticos contenidos en la Tora son los 613 preceptos que se dividen entre “mandatos positivos”, que indican acciones a realizar y “mandatos negativos” o prohibiciones, y se refieren a los deberes del hombre respecto a Dios, al prójimo y a sí mismo.

Los judíos fieles al judaísmo tradicional con inclinaciones místicas creen en la reencarnación o en la resurrección; tanto el alma como el cuerpo se consideran sagrados, cada ser humano es único y cada vida es tan valiosa como la Creación entera. Los hombres están dotados de libertad para escoger entre el bien o el mal y obtendrán el premio o el castigo de acuerdo con su

elección, a pesar de que a algunos personajes especialmente malvados o irredimibles como el rey Acab, los hombres de Sodoma o algún sátrapa contemporáneo, les será negado el acceso a la eternidad: *Muchos que duermen en el polvo de la tierra despertarán: unos a la vida eterna, otros a la vergüenza y al desprecio eternos.* (Daniel 12,2).

La realidad actual, no obstante, ofrece una diversidad de tendencias en cuanto a las creencias, más bien contradictorias, porque los judíos, en general, no creen en otra vida encarnada tras la muerte física e, incluso, niegan cualquier forma de vida futura, excepto los judíos ortodoxos que sí que lo admiten, a pesar de que los textos no aclaran totalmente qué hay más allá del *Sheol*, el lugar donde van a parar todos los muertos, “buenos” y “malos” y un lugar en el cual no existe ni recompensa ni castigo, ni placer ni dolor.

Entre las distintas muestras de dolor por el fallecimiento de un judío, los familiares masculinos no suelen afeitarse ni cortar el cabello durante treinta días, y los más cercanos, pueden cortarse la ropa o rasgársela.

Taoísmo

El taoísmo se remonta a las religiones prehistóricas chinas. Sus orígenes se sitúan entre los años 2900 y 2800 aC, cuando Fu Xi –personaje legendario considerado como el primer soberano de la China– estableció la base filosófica del taoísmo. En el siglo VI aC Lao Tse escribió el Tao Te King y, en el siglo II dC, el taoísmo se desplegó formalmente como religión. La palabra Tao significa “camino” o “vía” con diversos sentidos abstractos y espirituales presentes en la religión tradicional china, así como en el ámbito filosófico, estableciendo la existencia de tres fuerzas: una negativa (el yin), y una positiva (el yan). La tercera fuerza es el Tao, o fuerza superior que las contiene.

La ética taoísta enfatiza las “Tres joyas del Tao”: moderación, compasión y humildad, centrando el pensamiento en la naturaleza, en la relación entre la humanidad y el cosmos, así como en la salud y la longevidad. Cree en la inmortalidad, que la muerte es una puerta a la liberación del cuerpo y que el difunto ha de cruzar un río oscuro donde las luces en el agua lo ayudarán a cruzarlo. También cree que en la vida, tras la muerte, hay espíritus que no encuentran lo necesario para existir, y entonces buscan nutrirse de la energía de los vivos, y que es conveniente aplacar tales fantasmas.

Por otra parte, en el taoísmo, si durante la vida se guardan las mencionadas “Tres joyas del Tao” y, al mismo tiempo, se mantiene una conducta recta, una moral basada en el buen corazón, la meditación intensa, una dieta estricta y un riguroso autocontrol, los difuntos pueden transformarse en seres sobrenaturales.

Cabe destacar una serie de rituales *postmortem* a tener en cuenta por los hijos o los jóvenes de la familia, en coherencia con el principio de piedad filial, destinados a asegurar la paz del alma del difunto y ayudarlo a reunirse con sus antepasados. Los cuatro componentes principales de dichos rituales son: el canto de escrituras y letanías, las ceremonias de agua y tierra con una duración de entre 7 y 49 días para obtener el perdón de los pecados cometidos por el difunto, el alumbrado y disposición de luces para iluminar su alma y ayudarlo a salir del reino de la muerte, y la alimentación de fantasmas hambrientos a base de oraciones, cantos y ofrenda de alimentos. Además, en el hogar familiar, se cubren las estatuillas de deidades con papel rojo y se esconden todos los espejos, porque hay la creencia de que si alguien ve el reflejo de un féretro en un espejo, pronto habrá una defunción en su familia. Asimismo se cree que el alma de los difuntos regresa a casa al cabo de una semana tras la muerte, por lo cual los familiares deben permanecer ocultos durante aquel día.

Fe Bahà'í

Los bahà'í son seguidores de Bahà'u'lláh (en persa “la Gloria de Dios”, 1817-1892), el cual consideran como el último profeta que Dios ha enviado al mundo para educar a la humanidad, después de otros tales como Krishna, Abraham, Moisés, Buda, Zoroastro, Jesucristo, Mohamed o el Bab.

Bahà'u'lláh se presenta como el responsable de reafirmar el mensaje de paz y reconciliación que Dios –creador y sustento del universo– ha manifestado a través de los profetas que lo han precedido, proclamando la existencia del “alma racional” y inmortal del ser humano.

Los adeptos a la fe bahà'í creen que la naturaleza espiritual de toda persona pervive eternamente tras la muerte física, pero no exactamente como reencarnación, sino que continua evolucionando en otras esferas existenciales, por lo cual, cuando el alma se separa del cuerpo, lo interpretan como el comienzo de un gozoso viaje de regreso a Dios: un destino eterno y feliz. Y en vida, se esfuerzan cada día para iluminar el alma con cualidades espirituales positivas, como la bondad, la generosidad, la compasión, el espíritu de servicio y la humildad, es decir, el amor al prójimo y a la sociedad en

general, además de la oración y el estudio de las escrituras reveladas.

Por otro lado, solicitan que tras su muerte, y antes del entierro, los familiares y amigos creyentes de más de 14 años de edad, les ofrezcan oraciones, rueguen a los santos por su protección y lleven a cabo actos piadosos en su nombre. La incineración y el embalsamamiento están prohibidos y el cuerpo del difunto no debe ser trasladado a más de una hora de viaje desde el lugar del óbito (no se especifica el medio de transporte). Por devoción, puede lavarse meticulosamente el cadáver, envolverlo en un sudario de tela blanca de seda o algodón, utilizar un ataúd de material lo más consistente posible y enterrarlo en una fosa individual con el rostro y los pies en dirección a la tumba de Bahà'u'lláh (situada en Bahji, Israel).

Está permitida la cesión del cuerpo para la investigación científica, así como la donación de órganos, siempre respetando la voluntad del difunto.

Zoroastrismo

El zoroastrismo, denominado también mazdaísmo, es una de las religiones más antiguas del mundo. Surgió de un sistema religioso prehistórico común indoiraní que data de principios del segundo milenio antes de Cristo y se basa en las enseñanzas del profeta iraní Zoroastro. Contempla la existencia del bien y el mal y predice la victoria final del bien. Venera a Ahura Mazda (“Señor de la sabiduría”) como ser supremo y dios no creado y benevolente.

En la tradición zoroástrica, la vida es un estado temporal en el que se espera que un mortal participe activamente en la continua batalla entre la verdad y la falsedad. Antes de nacer, el alma de todo individuo aún está unida a su “espíritu guardián”, el cual, durante la vida, actúa como un protector que lo acompaña hasta la muerte, siguiendo los principios del bien, que se caracterizan por la piedad y el orden. En el cuarto día tras la muerte, el alma volverá a reunirse con su guardián para recopilar las experiencias de la vida en el mundo material y proseguir la batalla en el mundo espiritual. Entonces será juzgada por sus acciones y vivirá en un paraíso o en un infierno hasta la gran lucha final, en la cual el universo será sometido a una renovación cósmica: las almas de los muertos que

fueron desterradas a la obscuridad, se unirán al Creador (Ahura Mazda), los muertos resucitarán y cada persona se transformará en un cuerpo y un alma espiritualizada, toda la humanidad hablará una sola lengua y pertenecerá a una sola nación sin fronteras; todo el mundo será inmortal y compartirá un solo propósito y objetivo: unirse a la divinidad para una perpetua exaltación de la gloria de Dios. De todos modos, el zoroastrismo ortodoxo carece de la noción de reencarnación antes de la llegada de la renovación final del mundo.

Los ritos funerarios del zoroastrismo priorizan más el alma que el cuerpo: creen que el cuarto día después de la muerte, cuando el alma se une a su protector, el cadáver ya es como una especie de envoltorio vacío y la Escritura ordena su eliminación, la cual, tradicionalmente, se llevaba a cabo colocando los difuntos en el terrado de unas torres cerradas llamadas “torres del silencio” donde, entre los buitres y las inclemencias del tiempo, se consumaba su desaparición. Actualmente, este sistema prácticamente ha desaparecido, siendo substituido por otras alternativas, según la comunidad zoroástrica a la que pertenecía el individuo.

Ateísmo

Cabe distinguir la diferencia existente entre el ateísmo, el agnosticismo y el ateísmo agnóstico. El ateo está convencido que la muerte física significa el fin absoluto de todo y, por consiguiente, no cree en Dios alguno ni en ningún tipo de divinidad o transcendencia y considera que las religiones y la vida eterna carecen de sentido. El agnóstico no afirma ni niega creer en la existencia de Dios; puede aducir que no hay suficiente evidencia en un sentido o en otro, pero no descarta ninguna posibilidad. Y el ateo agnóstico, aun partiendo de una base escéptica, prefiere una posición mixta: no cree en dioses, pero tampoco puede demostrar que no existan y, por lo tanto, acepta la posibilidad remota de que puedan existir. A modo de ejemplo práctico, podría decirse que ante la expectativa de que una caja cerrada contenga un objeto determinado, el ateo dirá: “no, no lo creo posible”. Por su parte, el agnóstico responderá: “quizás sí, quizás no; no lo puedo saber”. Y, el ateo agnóstico, finalmente, puntualizará: “no lo creo, pero...”.

El ateo puede justificar su forma de pensar aduciendo las tendencias y tradiciones intelectuales de pensadores

que las han formulado; sin embargo, estos argumentos poseen la misma consistencia para afirmar lo contrario, es decir, no hay suficientes evidencias para creer en la existencia de Dios, del mismo modo que tampoco las hay para afirmar que no existe.

Una de las razones que los ateos exponen con más frecuencia es el sufrimiento y la maldad que sufre el mundo. Filósofos tales como Epicuro, David Hume o, más recientemente, J. L. Mackie han planteado este problema como una de las objeciones más obvias para creer en un Dios tradicional. Pero habría que preguntarnos qué grado de libertad tendría el ser humano, si Dios lo manipulara todo al objeto de que el paraíso ya existiese aquí y ahora. La mayor parte de las desgracias de este mundo son fruto de la irresponsabilidad y el egoísmo de sus habitantes. De todas maneras, no se puede negar que una pequeña parte del sufrimiento es francamente inexplicable desde el punto de vista humano. En tal caso, únicamente la fe en que tarde o temprano conoceremos la causa y justificación puede consolarnos y permitirnos vivir con esperanza.

También llama la atención que haya multitud de religiones con doctrinas incompatibles o antagónicas entre sí. O que los avances de la ciencia cada vez vayan

más lejos en el conocimiento del origen y evolución del universo y de la vida. Todo ello, ciertamente, puede generar escepticismo respecto a la existencia de un solo Dios verdadero, o plantearse la pregunta de si creer en la vida eterna no es otra cosa que la necesidad de un autoconvencimiento ante el enigma de la muerte y el temor a lo desconocido. Una vez más, no hay más solución que confiar humildemente en la bondad y la misericordia de Dios.

En cualquier caso, si en algún momento alguien tiene la responsabilidad de acompañar a un no creyente en la etapa final de su vida, deberá guardar un respeto absoluto a su falta de creencias y, si él manifiesta el deseo de tratar el tema, intentar averiguar si su actitud obedece a una reflexión personal, o si se trata del resultado de una búsqueda frustrada con anterioridad. Sea cual sea la situación, y siempre en respuesta a sus dudas o preguntas, se le puede sugerir que, lo realmente importante no es lo que crea o haya creído o no creído en este mundo, sino lo positivo que haya hecho o intentado hacer.

Los ateos, normalmente, desean que al morir, y posteriormente en cualquier acto que se celebre en su memoria, se respete su voluntad por encima de la de terceras personas –posibles familiares, por ejemplo–, los

cuales, incluso con la mejor buena voluntad, no tienen derecho a imponer ritos o actos religiosos, que el ateo rechazaría de acuerdo con sus convicciones. Ello no priva, no obstante, que el creyente, privadamente, ruegue a Dios por su alma, tal como recomendó Jesús: *Tú, cuando ores, métete en tu cuarto, cierra la puerta y ora a tu Padre, que está allí a solas contigo.* (Mt 6,6).

En el funeral, consistente en un acto de despedida, además de ofrecer flores, se acostumbra a aportar por parte de familiares cercanos o amistades, breves glosas y lecturas en recuerdo del difunto.

Experiencias próximas a la muerte (EPM)

Hoy en día, ya no es posible dudar de la veracidad de los relatos aportados por miles de testigos serios procedentes de distintas religiones, razas, edades o culturas, los cuales coinciden en describir con todo tipo de detalles las experiencias vividas en situación próxima a la muerte: una sensación extraordinaria de paz y felicidad, en un entorno natural prodigioso en el cual todos los sentidos se agudizan y uno se siente conectado con el universo entero, al tiempo de tener encuentros con seres luminosos que transmiten un amor y una compasión incondicionales, así como recibir la bienvenida de familiares y amigos ya fallecidos desde hace tiempo.

Personas absolutamente incrédulas que jamás se habían planteado la más mínima posibilidad de vida más allá de la muerte física, regresan completamente transformadas tras haber experimentado una EPM. Su escala de valores registra una modificación espectacular, dedicándose prioritariamente a partir de este momento a

trabajar para el bien comunitario en tareas altruistas y de ayuda a los más necesitados, sin tener, nunca más, temor a la muerte.

Ya desde el mismo momento en que el famoso cardiólogo y profesor de cardiología del hospital *Rijnstate d'Arnhem* (Holanda) Pim Van Lommel publicó un estudio titulado “*Consciencia más allá de la muerte*”, en la revista médica *The Lancet* en diciembre del 2001, en el cual relataba la experiencia vivida por 62 pacientes de un total de 344 que habían experimentado una EPM, surgieron voces aduciendo que todo era debido a meras alucinaciones como consecuencia de la falta de oxígeno en el cerebro o, simplemente, a causa del temor a morir definitivamente. Sin embargo, cabe observar un detalle muy concluyente para demostrar que esta explicación no puede ser correcta, puesto que en los encuentros con familiares o amigos que algunos relataron, había ocasiones en que aparecían personajes completamente desconocidos por el paciente, el cual, al regresar a la vida, casualmente descubría a través de fotografías antiguas un familiar que no había llegado a conocer nunca personalmente, como, por ejemplo, un bisabuelo fallecido antes de que él naciera (para mayor información sobre este tema, véase el libro *El más allá, ese desconocido* de los mismos autores que el presente).

De todas formas, no parece que las EPM sean propiamente ningún comienzo de la vida eterna, sino, más bien, como la prueba irrefutable de que la consciencia pervive activa independientemente de la función cerebral, constituyendo una especie de «preámbulo» del cual un tanto por ciento de personas regresan, pero que, a partir de cierto momento, ya no es posible regresar o, por lo menos, nadie lo ha conseguido ni puede demostrar su existencia. Se trata, sencillamente, de una cuestión de fe.

Un cuento como conclusión

Busqué mi alma y no la vi. Busqué a Dios y mi Dios me rehuyó. Busqué a mi hermano y hallé a los tres.
(Elisabeth Kübler-Ross).

Aunque el día haya amanecido más bien lluvioso, el servicio meteorológico no ha anunciado ningún peligro de tormenta, de modo que el avión de nuestro cuento ha podido iniciar el vuelo puntualmente y, en estos momentos, sus ocupantes se distraen mirando el exterior a través de las ventanillas de la aeronave: nubes y más nubes, un mar blanco de algodón, como queriendo ocultar todo lo que va quedando ahí debajo.

Al cabo de un rato los viajeros empiezan a observarse disimuladamente unos a otros con cierta curiosidad, debido al aspecto diverso que muestran, y que, según parece, todos aparentan dirigirse a un mismo destino. No obstante, vemos un pequeño grupo que, por el modo en que visten, muestran unas características innegables de pertenecer a distintas doctrinas religiosas, los cuales –¿un milagro, tal vez?– no parece que discutan, sino más bien que, tras haber roto el silencio, hablan en inglés y cada uno trata de convencer a los demás que su religión es la mejor para acceder a la salvación y la vida eterna. Nuestros protagonistas son un sacerdote cristiano, un imán musulmán, un gurú hindú, un monje

budista, un rabino judío, un devoto bahà'í, un sikh, un taoísta y un zoroastrista. Pero tratemos de acercarnos para saber exactamente qué dicen. En estos momentos está hablando el zoroastrista:

- *Como ya debéis saber, el zoroastrismo es una religión minoritaria dentro de las consideradas como mayores o reconocidas. Apenas 200.000 miembros componen nuestra comunidad, es decir, somos pocos pero bien avenidos; sin embargo, se trata de una religión de las más antiguas que existen, lo cual pone en evidencia la fortaleza de su base para conseguir la vida eterna a través de la salvación universal.*

Ahora, el gurú hindú, con un tono más bien incrédulo, expone sus dudas respecto al zoroastrismo, argumentando lo siguiente:

- *No negaré en modo alguno el mérito del zoroastrismo por el hecho de haber sobrevivido tanto tiempo como religión, pero es innegable que el recorrido de su historia ha sido decadente y que, en la actualidad, no alcanza más allá de ser una religión casi residual de futuro dudoso. Bien al contrario de nuestra tradición espiritual, en la cual, a través de la meditación y la conexión con*

la divinidad interior y practicando la bondad, la compasión y la paz, conseguimos obtener un lugar seguro en la eternidad.

Al oír estas palabras, el monje budista opina que:

- *Pues, de acuerdo con las enseñanzas de Buda, la vida eterna o iluminación solamente es posible conseguirla a través del camino de la generosidad, la comprensión y la desafección por las frivolidades del mundo, mediante todas las reencarnaciones que sean precisas.*

A continuación toma la palabra el rabino judío:

- *Realmente me admira el entusiasmo con que aportáis vuestros argumentos para obtener la vida eterna, olvidando que los judíos somos el pueblo escogido, y que no hay más camino hacia la eternidad si no es cumpliendo la ley de Moisés y los mandamientos de Dios, esperando la venida del Mesías al final de los tiempos para la resurrección de vivos y muertos.*

Parece que el sikh no está muy de acuerdo con todo lo escuchado hasta este momento y afirma con firmeza:

- *Me pregunto qué valor tiene la espiritualidad de la que estáis hablando si no se acompaña de la caridad. Los sikhs, por supuesto que valoramos la recitación de los textos sagrados, pero, además, estamos permanentemente al servicio de los más necesitados, ofreciéndoles alimento, vestido y atención espiritual gratuita y desinteresadamente.*

Al oír esto, el imán musulmán, dice:

- *De acuerdo, sí, pero por mi parte, querría añadir un poco de concreción a todos vuestros argumentos. Mirad, el único Dios es Alá y la vida eterna solamente es posible obtenerla cumpliendo los cinco pilares del islam que el profeta Mahoma recibió por medio del arcángel Gabriel: la plegaria, el ayuno, la caridad, el peregrinaje a la Meca y la confesión de la fe.*

El devoto bahà'í, ahora, interviene para aportar su opinión:

- *Todo lo que habéis dicho hasta este momento me parece ejemplar y digno de ser tenido en cuenta, aunque ignoro si conocéis las persecuciones y todo tipo de penalidades que los bahà'i hemos tenido que superar a lo largo de nuestra historia*

para reafirmar el mensaje de paz y reconciliación que Dios –creador y sustento del universo– ha manifestado a través de los profetas que nos han precedido.

El taoísta, que parecía no estar dispuesto a exponer su opinión, finalmente dice:

- *Permitidme que añada un poco de filosofía a los argumentos que habéis aportado a fin de obtener la vida eterna, ya que, precisamente, aparte de las fuerzas positiva y negativa –el yan y el yin, respectivamente– el Tao, además de contener a ambas, es el camino o vía para acceder a la inmortalidad a través de las denominadas «Tres joyas»: moderación, compasión y humildad.*

Finalmente, el sacerdote cristiano, como si quisiese conciliar todo lo manifestado hasta el momento, añade:

- *Por mi parte, pienso que la clave para acceder a la vida eterna consiste en ser fieles a las enseñanzas de Jesucristo, basadas en el amor y la misericordia de Dios hacia toda la humanidad. Pero no creo que se trate únicamente de una vida infinita, sino de una existencia nueva y plena,*

libre de pecado y muerte, marcada por el amor, la libertad y la comunión con Dios.

Por cierto, ¿sabéis a qué hora está prevista nuestra llegada a destino?... ¿Ninguno la conoce?

Después de un extraño silencio como respuesta, el rabino judío, a su vez, comenta:

- *Ignoro por qué motivo no se me ha enviado suficiente información respecto al lugar adonde nos dirigimos, ni en qué consistirá exactamente el contenido y los objetivos del encuentro. ¿Vosotros los conocéis?*

Otro silencio, aunque esta vez ya algo inquietante, es la respuesta obtenida. Entonces, el devoto zoroastrista, obviamente sorprendido y alarmado, dice:

- *Supongo que los aquí presentes no estamos donde estamos por casualidad. Es evidente que se nos ha convocado para asistir a algún evento de carácter religioso, como quizás un congreso o una asamblea de ámbito internacional. De todos modos, me preocupa no disponer ahora mismo de mi historial académico, o aunque solo fuese un currículum abreviado con la relación de los*

estudios que he llevado a cabo a fin de poder acreditar mi formación teológica.

El gurú hindú:

- *Esto no debe preocuparnos en modo alguno, teniendo en cuenta que, hoy en día, a través de internet, es posible acceder a todo tipo de información. Y respecto a poder demostrar la titularidad de diplomas, certificados o cualquier clase de documento académico, a buen seguro que entre todos los que poseemos los aquí presentes, podríamos cubrir una pared entera. De todas formas, ahora mismo no recuerdo donde he dejado mi celular. En realidad, no recuerdo ni donde dejé el equipaje. Por cierto, ¿donde tenéis el vuestro, de equipaje?*

El grupo, desconcertado, se da cuenta de que nadie recuerda donde ha dejado su equipaje: ninguna maleta, ninguna bolsa... nada absolutamente. Y el gurú hindú, insiste:

- *Veamos: ¿alguien recuerda en qué aeropuerto, o cuándo subió a este avión?*

Solo el sikh responde:

- *Yo recuerdo perfectamente que poco antes de iniciar este viaje me encontraba gravemente enfermo, ingresado en la unidad de cuidados intensivos del hospital más importante de Lahore, profundamente sedado desde hacía días y, sin embargo, ahora mismo, me encuentro entre vosotros y, sorprendentemente, sin tener la más mínima molestia...*

Súbitamente, el avión empieza a perder altura y, poco a poco, va aproximándose al aeropuerto donde, se supone, pronto aterrizará. Efectivamente, al cabo de unos pocos minutos, puede oírse el típico ruido de las ruedas del avión contactando la pista de aterrizaje para, lentamente, detenerse del todo. Nuestros protagonistas, rápidamente, observan a través de las ventanillas, tratando de averiguar donde han aterrizado y, entonces, el imán musulmán, visiblemente enojado, exclama:

- *Esto es intolerable: ¿qué tipo de aeropuerto es este en el cual todo el mundo va disfrazado de ángel, luciendo unas alas ridículas y andando de forma que parece que no toquen de pies al suelo? ¿Acaso están celebrando un carnaval, ahí abajo? ¡Muy poco serio, vaya!*

Y el sacerdote cristiano, muy sorprendido, comenta:

- *Es curioso, pero la persona aparentemente responsable del área principal de la recepción de viajeros, tiene un enorme parecido físico con la mayordoma que me atendió durante muchos años. Era una mujer sencilla que apenas sabía leer y escribir, prácticamente una analfabeta que no poseía ningún tipo de diploma, pero que recuerdo con especial afecto porque fue fiel y honrada en servirme hasta el día de su fallecimiento. Carecía de alas, claro, pero era realmente «un alma bendita».*

Inesperadamente, se abre la puerta del avión y aparece un personaje con alas –como el resto de personas que pueden verse desde las ventanillas del avión, deambulando por el aeropuerto–, y saluda a los viajeros:

- *¡Bienvenidos! Espero que hayáis tenido un buen viaje y que no os sintáis demasiado fatigados.*

Todos los pasajeros –especialmente el grupo de religiosos– escuchan expectantes. El personaje alado continúa hablando:

- *Antes de salir del avión es necesario que todos contestéis por escrito un pequeño cuestionario que os entregaré, al objeto de poder establecer, a*

continuación, el lugar más apropiado a ocupar para cada uno de vosotros.

El personaje alado, acto seguido, reparte una hoja de papel en donde figuran cuatro preguntas, inexplicablemente escritas en el idioma propio de cada receptor. El sacerdote cristiano lee su cuestionario, que dice exactamente:

- 1) *A pesar de todo el dolor que hayas podido sufrir en la vida, ¿te has sentido amado por «tu» Dios?*
- 2) *En caso afirmativo, ¿se lo has agradecido?*
- 3) *¿Lo has amado, tú, a «tu» Dios?*
- 4) *En caso afirmativo, ¿tu amor se ha visto reflejado en el trato con tu prójimo?*

Mientras unos escriben respuestas al cuestionario, otros se lo están pensando, y el grupo de religiosos se halla inmerso en disquisiciones filosóficas y teológicas para establecer qué religión es la mejor para acceder a la vida eterna, uno de los pasajeros al cual, como a todo el resto, se le ha entregado el cuestionario, se levanta de su asiento y, acercándose al personaje alado, le dice:

- *Perdonad, pero no soy capaz de responder a las preguntas del cuestionario, porque yo jamás he creído en ningún Dios. Además, no he podido evitar escuchar durante todo el viaje, la exhaustiva exposición de las excelencias de la religión de cada uno de los componentes del grupo de religiosos y, sinceramente, no sabría qué decir. No puedo, por tanto, opinar, aparte de que, durante como aquel que dice todo el trayecto, he estado consolando y «secando las lágrimas» de un pobre hombre sentado a mi lado, que no ha cesado de llorar desde el momento en que ha descubierto que este viaje no tenía billete de vuelta. Nunca he reconocido a ningún Dios, pero siempre he vivido como propios la alegría y el dolor de aquellos que me han rodeado y he hecho, siempre, todo lo que ha estado en mis manos para acoger como a un hermano a quien me ha necesitado.*

El personaje alado le responde:

- *No temas por lo que hayas creído o dejado de creer. Aquello que realmente cuenta es lo que hayas hecho o hayas dejado de hacer antes de finalizar este viaje. Tú has priorizado lo más importante: amar al prójimo. Sé, pues,*

bienvenido, ya puedes bajar del avión y que Dios te acompañe.

Mientras el resto de viajeros va respondiendo el cuestionario, con el grupo de religiosos aún inmerso en su aportación de méritos para ofrecer la mejor imagen posible de su religión, el «descreído» de este cuento baja poco a poco por la escalerilla del avión, al tiempo que –¿será posible?– parece como si le empezasen a crecer unas pequeñas alas en su espalda...

APÉNDICE

(Fragmentos bíblicos en donde se menciona la vida eterna)

Lucas 18,29-30

[Jesús, a sus discípulos]:

*Os aseguro que todo aquel que haya dejado casa, mujer, hermanos, padres o hijos por causa del reino de Dios , recibirá mucho más en este mundo, y en el mundo venidero recibirá la **vida eterna**.*

Juan 3,16

[Jesús, a Nicodemo]:

*Tanto amó Dios al mundo, que no dudó en entregarle a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino tenga **vida eterna**.*

Juan 4,14

[Jesús, a la samaritana]:

*...el que beba del agua que yo quiero darle, nunca más volverá a tener sed sino que esa agua se convertirá en su interior en un manantial capaz de dar **vida eterna**.*

Juan 6,27 y 40

[Jesús, a los que habían comido en la multiplicación de los panes]:

*Deberíais preocuparos no tanto por el alimento transitorio, cuanto por el duradero, el que da **vida eterna**.*

*Mi Padre quiere que todos los que vean al Hijo y crean en él, tengan **vida eterna**; yo, por mi parte, los resucitaré en el último día.*

Juan 6,68-69

[Simón Pedro, a Jesús, cuando éste pregunta a sus discípulos si ellos también quieren abandonarlo]:

*Señor, ¿a quién iríamos? Solo tus palabras dan **vida eterna**. Nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios.*

Juan 10,27-30

[Jesús, a los judíos bajo el pórtico de Salomón del templo de Jerusalén durante la fiesta de la Dedicación]:

*Mis ovejas reconocen mi voz, yo las conozco y ellas me siguen. Yo les doy **vida eterna**, jamás perecerán y nadie podrá arrebátarmelas; como no pueden arrebatárselas a mi Padre que, con su soberano poder, me las ha confiado. El Padre y yo somos uno.*

Juan 17,3

[Jesús, orando al Padre]:

*Y la **vida eterna** consiste en que te reconozcan a ti como único Dios verdadero, y a Jesucristo como tu enviado.*

Hechos de los Apóstoles 13,46-48

[Pablo y Bernabé, a los judíos celosos de Antioquía de Pisidia]:

Era nuestro deber anunciaros primero a vosotros el mensaje de Dios. Pero ya que lo rechazáis y vosotros

*mismos os descalificáis para la **vida eterna**, nos dedicaremos de lleno a los no judíos. Así nos lo ha indicado el Señor: “Te he puesto como luz de las naciones y como portador de salvación para el mundo entero”.*

*Cuando los no judíos oyeron esto, se alegraron sobremanera y no cesaban de alabar el mensaje del Señor. Y todos los que estaban destinados a la **vida eterna** abrazaron la fe.*

Carta de Pablo a los Romanos 6,23

*Porque el salario del pecado es la muerte, mientras que el don que Dios nos hace es la **vida eterna**.*

Carta de Pablo a los Gálatas 6,8

*Quien siembre para satisfacer sus apetitos desordenados, de ellos cosechará frutos de muerte; mas quien siembre para agradar al Espíritu, el Espíritu le dará una cosecha de **vida eterna**.*

Primera carta pastoral de Pablo a Timoteo 6,12

*Mantén valerosamente el combate de la fe. Conquista la **vida eterna** a la que Dios te ha llamado y de la que has hecho tan noble profesión delante de muchos testigos.*

Primera carta de Juan 5,20

[Dirigida a una comunidad cristiana que atraviesa un momento de crisis]:

*Sabemos, en fin, que el Hijo de Dios ha venido y ha iluminado nuestras mentes para que conozcamos al Verdadero. Y nosotros estamos unidos al Verdadero y a su Hijo Jesucristo, que es Dios verdadero y **vida eterna**.*

Carta de Judas, “hermano de Santiago” 1,20-21

[Dirigida a cristianos provenientes del judaísmo]:

*Vosotros, en cambio, amados míos, haced de una fe tan santa como la vuestra el firme cimiento de vuestra vida; orad impulsados por el Espíritu Santo y manteneos en el amor de Dios, esperando que la misericordia de nuestro Señor Jesucristo os lleve a la **vida eterna**.*

(Más fragmentos bíblicos en donde se menciona la vida eterna)

Dn 12,2; Mt 7,13-14; 10,39; 19,29; 25,46; Mc 10,29-30;

Jn 3,36; 4,35-36; 5,24 i 39; 6,47,51 i 54; 12,25; Rm 2,7;

5,21; 2Co 4,17-18; 5,1 i 8; Heb 5,9; 7,25; 1Tm 1,16;

2Tm 2,10; 4,7-8; Tt 1,2; 3,7; 1Pe 5,10; 1Jn 1,2; 2,17 i

25; 3,15; 5,11 i 13

**Relación de los libros publicados dentro
de esta colección y modo de acceder a su
contenido**

No dudes en divulgar el contenido de este libro, si crees que ello puede ayudar a alguien. También es posible acceder gratuitamente a su texto a través del web:

www.imacxiom.com

Versión en catalán: www.andreumoixcami.cat

Del mismo modo pueden obtenerse todos los libros publicados anteriormente dentro de esta colección:

- **Dios, ese desconocido** (Un testimonio de fe)
- **El más allá, ese desconocido** (El gozo de la esperanza)
- **La caridad, esa desconocida** (Eclosión de amor)
- **La paz, esa desconocida** (¿Una utopía?)
- **La Virgen María, esa desconocida** (Un intento de aproximación a la santidad de la Virgen María)
- **Dios en las pequeñas cosas** (A modo de juego para profundizar en la espiritualidad)

(continua) ➡

- **Cartas abiertas** (Pensamientos de un cristiano)
- **El sufrimiento, ese desconocido** (Reflexiones sobre las causas del dolor y propuestas para humanizar el trato con los enfermos)
- **La plegaria, esa desconocida** (Sugerencias de actitud para orar mejor)
- **El ángel perplejo** (Observaciones a la luz del Evangelio)
- **El regreso del ángel** (41 Retazos de esperanza)
- **Ciencia y fe: ¿un divorcio inevitable, o un matrimonio bien avenido?**
- **Virus** (¿Y qué opina la Covid-19?)
- **La silla mágica**
- **El fin del mundo**

(continua) 

- **Diario de un peregrino**
- **La pena de muerte, esa desconocida** (Un clamor para su abolición en todo el mundo)
- **La isla de los naufragos**
- **¿Es posible un mundo sin guerras?**
- **300 aforismos para sentirnos más cerca de Dios**
- **Las llaves del Reino de los cielos**